

— Pues no hay que perder tiempo, porque cabalmente para esta noche está acordado el asalto.

— Vengan ustedes en seguida y verán cómo todo se arregla.

A la hora en punto, ya estaban en la casa de mi padrino don Francisco Pérez Cano, don Antonio de la Torre, don Manuel de Llana, los Moranes, los hijos de don Filomeno de Anda y quince ó veinte personas más, amén del doctor don Lázaro Cervantes, de la Facultad de Tlaxcala, convocante de la junta.

Si yo tuviera un ápice de fantasía, aprovechaba esta oportunidad para llenar muchas cuartillas con una arenga académica que eclipsara á las que de Capoulicán, Coriolano y Maxicatzin andan en los libros; pero en razón del juramento que tengo rendido, he de confesar que no dije sino tres ó cuatro palabras, por cierto de lo menos escogido, excitando á mis paisanos á que se defendieran de esa agresión.

A pesar de mi relativa pobreza oratoria, los concurrentes á la junta se sintieron excitados, y se comprometieron á estar listos para rechazar al enemigo.

Pero á pesar de lo que el doctor nos había prometido, esa noche no fué el asalto, ni tampoco fué en las dos subsiguientes. Mejor; así pudimos juntar buena provisión de *parque*, alistar algunas armas y comprometer á otros á la resistencia.



CAPÍTULO IX

Acaba el viacrucis

QUIÉN dice que en los pueblos cortos no se paladean los deleites del arte dramático ni las sublimidades de la música? En el mío, aun en medio de lo más crudo de la guerra, solían anunciarse con grandes cartelones compañías de la legua que esparcían el alboroto en todo el vecindario.

«Teatro.

«Compañía dramática dirigida por el primer actor mexicano Arcadio Dávila.

(En este lugar la máscara de la tragedia, un puñal y una columna truncada).

Aquí no hay ardid ni treta,
Apuntador ni consueta.

» « Esta compañía, que cuenta con los mejores elementos
 » de personal, de paso para la capital de la República, se
 » propone dar en esta villa una corta serie de funciones
 » que le han solicitado los más distinguidos vecinos.

» Para ver de agradar al culto público que la favorece,
 » la compañía presentará á las notables actrices mexi-
 » canas

» Antonia Robles y Consolación Bracamonte,
 » que han obtenido grandes y ruidosos aplausos en los
 » principales teatros del país.

» « El repertorio se compone de los dramas más moder-
 » nos, como

El Trovador,

Hernán ó la vuelta del cruzado.

El Torneo,

La Oración de la tarde.

Fe, Esperanza y Caridad.

El Campanero de San Pablo.

Lázaro el mudo, pastor de Florencia.

» y otros que llaman actualmente la atención en las ciu-
 » dades de Guadalajara y México.

» Si ocurriereis á mi llamado, quedarán plenamente
 » satisfechos los deseos de un servidor de ustedes,

Arcadio Dávila y Flores.»

Aquella noche, la del dos de Mayo, tenía singular atractivo: se representaba el terrorífico culebrón *La herencia de lágrimas, ó los hijos del pirata rojo*, y como entremés uno que hacía reir enormemente en aquel tiempo: «L. N. B.» Había además el atractivo de que, «entre el primero y el segundo actos, la bella señorita Robles cantarí la afamada canción *Los moños verdes*, y que al terminarse el drama, que no tenía más que nueve actos, el señor Sánchez Garduño ejecutaría «varias suertes de magia y prestidigitación», tales como aparecimiento y desaparecimiento de objetos, trueque de un vaso de agua en otro de tinta, quemar una *mascada* y devolverla intacta á su dueño y sobre todo la inimitable y graciosa pantomima de *las velas brujas*, que tanto ha llamado la atención de todos los públicos que la han presenciado.»

No podía pedirse más por la peseta que costaba entrar al espectáculo.

Tú, lector ciudadano, que quizás desdeñes las vejeces que te ofrezco por irte á aplaudir una función por horas en cualquier teatracho de los que están abiertos por ahí, te reirás del entusiasmo que en el año de desgracia de 1860 inspiraba en un pueblo de cuarto ó quinto orden la llegada de unos comicuchos hambrientos, que más parentesco tenían con los representantes de Angulo el malo, que con los que ahora se estilan, de grandes polendas y á veces con coronas de marqueses en las maletas.

Pero ello es que no tendrías razón de extrañarte de esos entusiasmos; pues los mismos que en México habíamos oído á la Petuffo, la Zafrané ó la Cañete, y que habíamos aplaudido á la Albini, comentábamos con entusiasmo los arrumacos de la Robles ó los jipios de la Bracamonte.

El teatro no era sino un modesto corral de que se acababa de expulsar á las caballerías de todos géneros y tamaños, pasándolas á algún otro inmediato y no tan honrado como el primitivo. Y veces había, según pueden atestiguar los que lo vieron, que interrumpía el parlamento más animado ó la situación más peliaguda, el intempestivo rebuzno de un burro, que anunciaba que la guía se encontraba en lo más culminante del cenit.

Al rededor del patio había vigas perpendiculares que sostenían otras transversales; allí se colocaba el público de frazada y rebozo.

En el centro se sentaba la *catrinada*, en sillas que enviaba exprofeso de sus respectivas habitaciones. Se defendían del sereno los concurrentes con un toldo ó vela que se hacía pender de la azotea.

En el exterior se colocaban mesas en que se vendían fritangas de las que son propias de las fiestas, y vino que consumían los concurrentes.

A las nueve de la noche empezaban á llegar los que iban á divertirse, ellos con sus sombreros tendidos y sus

chaquetones de astracán, ellas con sus *tápalos* de mil colores y sus miriñaques extraordinarios.

Como á las diez, el gracioso de la compañía, ya de tonelete y jubón acuchillado (acuchillado también ¡ay!



por los años y el mal trato) se asomaba á ver qué cariz presentaba la concurrencia. Si era bueno, hacía seña á la música para que rompiera en una obertura, que generalmente era la de la *Gazza ladra*, que sólo cayó en desuso por haberla desbancado el *Poète et paysan*, que aun está en honor en muchos pueblos rabones.

Si la entrada no era tan buena, se estaba quieto el telón, que tenía pintados una ninfa en cueros y un dístico que decía:

Con culta forma y con afán prolijo,
Divierto, doy placer, domo y corrijo.

Mientras la función empezaba, los concurrentes se entretenían charlando, y hasta solían comprar cacahuates, enchiladas y otras golosinas que entreveraban con buenos tragos de lo caro.

Por fin se alzó el telón aquella noche, é íbamos enterándonos de las picardías de un desafortado bandido que había secuestrado á un niño, vástago no sé si de un senescal de Polonia ó de un boyardo ruso, y le tenía contra toda justicia y razón metido en el subterráneo de un castillo empinado en lo alto de una roca.

Compadecida del infante una niña muy guapa, marquesa, duquesa ó algo gordo, se propone libertar al pobre preso, y apenas empezaba á enterarme de los ardides que tenía meditados, cuando sentí que me llamaba don Manuel de Llona.

— ¿Ves, me dijo, á aquel charro embozado hasta los ojos, que se recata entre la gente? Es el *Caimán*, que trata de dar el golpe esta noche.

— No me lo diga usted.

— Lo sé de buena tinta; hoy, como á las seis, descansaron en Aguablanca los ladrones de la partida, y á las dos de la madrugada tienen que entrar aquí.

— Si les dejamos...

— Eso es, si les dejamos... Son como ochocientos.

Cuando empezó el entreacto hablamos con disimulo á diez ó doce vecinos de los comprometidos, y nos marcha-



— ¿Ves, me dijo, aquel charro embozado hasta los ojos...

mos á fabricar *parque* y á arreglar todo lo necesario para la defensa.

Como se extendió la noticia, poco antes de la hora señalada salieron todos los concurrentes á la función, sin haber visto triunfar á la virtud sobre la iniquidad, y como todos estaban despabilados y llenos de ardor por los hechos heroicos que habían visto realizarse en las tablas, asintieron fácilmente á batirse contra quien los atacara, así fuera el mismo don Roldán con los doce de la Mesa Redonda.

Esperamos con terror las dos de la madrugada, sin oír cosa que nos llamara la atención; dieron las tres, é iban á dar ya las cuatro, cuando nos figuramos que todo se había aplazado. Pero en el momento que el campanero de la parroquia tocaba el alba, vimos desde las alturas un cohete de luces que subía pausadamente por los aires describiendo una parábola y cayendo en chispas de oro hacia el oriente de la villa. En ese momento...

Pero aquí dejo la palabra al señor cura Herrera, que en su inapreciable libro *Las nuevas décadas de Herrera, ó sea relación de los sucesos notables que han acontecido en la villa de Tlaxochimaco*, refiere todo con sus puntos y comas y me evita el bochorno de alabarme. Dice Herrera:

«Luego que se extinguió el resplandor del cohete, se oyó un inmenso estrépito que provenía de todos los rumbos; seguramente los malhechores se habían ido introdu-

ciendo hasta el centro á la chita callando, de manera que, llegada la hora, entraron gritando como unos verdaderos demonios:

- ¡Viva la religión!
- ¡Muera este pueblo chinaco!
- ¡Mueran los colorados!
- ¡Abajo los de la mano!

Los vecinos, que ya estaban sobre aviso, empezaron á hacer fuego con mucho brío; nada menos en la puerta de mi curato cayeron tres bandidos vomitando herejías.

No me dejaron los que vigilaban la azotea salir á confesarles; pero desde arriba eché bendiciones hasta que me figuré habrían expirado.

Mas no se amedrentaron por tan poco los asaltantes; siguieron haciendo fuego, y del primer empuje llegaron hasta la plaza, donde los recibió nueva granizada de balas.

Se parapetaron en las esquinas, se hicieron fuertes en los vanos de las puertas y siguieron disparando sin interrupción. En las calles había también muchos bribones que se precipitaban hacha ó morillo en mano á derribar las puertas: pero los vecinos, trocados en unos leones merced al arrojo y á las excitaciones de don Juan Pérez de la Llana, les hicieron huir á balazos.

Cuando menos lo pensábamos, oímos un trueno muy fuerte, y luego voces de júbilo de los asaltantes. Era un

cañón que se disparaba contra el cuartel, donde mandaba La Llana así como en todo el cuadro de casas que está anexo. Como respuesta al cañonazo, una música de mala muerte, pero música al fin, rompió á tocar los *Ahualulcos*, tonadilla con que los conservadores nos hacían burla, en memoria de la derrota famosa del señor Vidaurri. ¡Nada menos que artillería y música traían esos bandidos!

No se amedrentaron los nuestros, sino que siguieron tirando sin parar.

La luna era hermosa, tanto que nos permitía distinguir los colores de las cabalgaduras, los de las bufandas y de los sombreros plateados. Recordaré mientras viva á un tipo gordo él, de muchas barbas, de voz horrenda y montado en un caballejo rosillo. Arengaba á los suyos en un lenguaje mechado de insolencias, cuando el certero La Llana le disparó un tiro que hirió al caballo en el encuentro; fué arrastrándose un buen rato el pobre animal, pero al fin cayó en la entrada de la plaza, donde los de las consistoriales acabaron á tiros al dueño. Todavía herido, el pecador lanzaba por su inmunda boca horrores capaces de aterrorizar á cualquiera.

A las cinco y cuarto ó cinco y media, es decir, en pleno día, los bandidos empezaron á retirarse, llevándose los despojos que habían conseguido allegar en las casas de orillas del lugar, por las calles extraviadas y por el arroyo de la Mina.

La Llana ordenó entonces una persecución en regla, en que se cogieron más de veinte ladrones. El resto se escapó ordenadamente, dejando en poder de los nuestros dos esmeriles, todos los instrumentos de la banda, tres mulas cargadas con *parque* y una innumerable cantidad de bultos de ropa, armas, provisiones... y algo que hacía mucho tiempo no contemplábamos: cinco ó seis sacos de dinero: onzas, pesos duros, tostones y demás piezas de plata, cuartillas, tlacos y medios tlacos de cobre.

De los nuestros cayeron el licenciado Gómez, que fué la primera víctima, y dos mozos de la casa de Torres Lares. Prisciliano Ruiz sacó un brazo destrozado con una granada de mano que le hizo explosión antes de tiempo; Manuel López recibió en el pecho una herida que dicen es leve, y Macedonio Ruiz sufrió una caída desde la azotea de las *casas pintas*.

Ellos, es decir, los ladrones, tuvieron cuarenta hombres muertos, entre ellos el terrible *Zancalarga*, que fué reconocido por los que han andado en esas bolas, y el corneta, que no cesó de tocar á fuego durante toda la escaramuza. Este pobre muchacho (porque era casi un niño) recibió un balazo en la boca á la hora que tocaba con más brío; y la trompeta, la boca y los dientes le quedaron hechos pedazos.

Heridos, no dejaron sino seis muy *graves*; les confesé y administré el viático horas antes de que murieran.

En cuanto al *Caimán*, todos están unánimes en que, si hubiera podido dirigir la refriega, quizás habría sido otro el resultado. La causa de no haberse presentado fué ésta: el maldito, durante los días que había permanecido en el *Mesón de Nuestro Amo*, donde se halla la compañía dramática que ahora *actúa* en nuestro Coliseo improvisado, se enamoró perdidamente de una muchachuela, actriz ó representanta, llamada Antonia Robles.

Importunaba á la Robles con mil proposiciones indecorosas, pero la chica jamás le había dado oídos porque es honrada á carta cabal. El domingo supo la muchacha por no sé qué medios que el asalto sería á la madrugada siguiente, y se propuso venir en auxilio de estos pobres vecinos que tanto la quieren.

Según parece, la Robles no tenía más que hacer que cantar una cancioncilla al concluir el primer acto. Ese momento escogió el *Caimán* para importunarla nuevamente, y la chica, fingiendo que accedía á su mal deseo, le dijo que era menester permaneciera encerrado en su cuarto hasta que ella llegara á recogerse.

El ladrón no vió nada particular en la proposición, y desde las once se estuvo encerrado con llave en el cuarto de la Antonia; cuando se promovió el tumulto que hizo se terminara la comedia antes de tiempo, el *Caimán* quiso salir, pero no lo logró. Trató de romper la puerta; pero como era fortísima, de pura madera de mezquite, resistió

las embestidas del ladrón. Gritó, se desgañitó, se mesó los cabellos; pero ni sus gritos fueron oídos, ni sus voces sirvieron de nada, ni por el mesamiento de pelos llegó á se-



parar una línea las hojas de la puerta. Al fin, seguro de que los suyos no tardarían en triunfar, se estuvo quieto aguardando la definitiva.

Como á las seis, en vez de las caricias de la comedianta bonita ó de las aclamaciones de sus compañeros, tuvo la desagradable visita de ocho vecinos que venían con los fusiles preparados á llevarle ante un jurado.

Así fué como la Antonia Robles, nueva y astuta Judit, aunque más recatada que la otra, salvó al pueblo de Tlaxochimaco, después del ardor de los vecinos y de la ayuda de Dios.

El jurado se reunió presidido por don Crescencio Torres, y previa la aplicación de no sé qué leyes de las innumerables que tenemos, sentenció al *Caimán* y á sus cómplices á la pena de muerte, que se hizo efectiva al poco rato.

El bandido murió echando grandes roncas y sin quererse confesar. Los otros recibieron cristianamente los santos sacramentos.

Los vecinos, que habían sufrido tanto, comprendieron que sólo merced á la unión concertada se había alcanzado el triunfo contra la canalla, y dando muchas gracias á su caudillo don Juan Pérez de la Llana, se propusieron resistir con igual decisión cualquier otra intentona como la pasada.

Y santo remedio; porque las gavillas no volvieron por Tlaxochimaco al saber que no hallaban la buena acogida de otras veces.»

